



TABLON DE ACONTECIMIENTOS

CUESTION DE MUROS

No cabe la menor duda de que una de las mejores noticias que hemos recibido los europeos en el último año ha sido la de la caída del muro de Berlín. Se ha tratado de una imagen plástica con una fuerte carga metafórica: piedras arrancadas en muchos casos a golpe de pico por espontáneos ciudadanos. Cada golpe de martillo parecía acabar con decenios de dictadura y opresión y dejar abierta la puerta a nuevos aires de libertad. Atrás, muy atrás, quedaba la pesadilla estalinista y otras miles de pequeñas pesadillas cotidianas. Delante se abría la puerta a lo imprevisible en la Historia y se nos invitaba a imaginar nuevos escenarios para un mundo nuevo.

Esta justificada satisfacción no puede llevarnos a olvidar la otra cara de una noticia que ha sido en gran parte destrozada por la prensa y los medios de comunicación social. Se nos ha querido vender el triunfo total del liberalismo capitalista y la economía de mercado y la superación definitiva de cualquier

aspiración a una sociedad comunista. También se ha corrido un tupido velo sobre las importantes conquistas sociales que se habían alcanzado en los países socialistas, como si allí sólo hubiera habido barbarie y opresión. Alguna feminista occidental se daría con un canto en los dientes por disrutar las medidas que disfrutaban las mujeres búlgaras, por poner un ejemplo. Y en la letra pequeña de los periódicos van apareciendo pequeñas noticias sobre lo que algunos llaman el costo social de la libertad: aparición del paro en Alemania Oriental; endurecimiento de las condiciones de vida y problemas de abastecimiento en Polonia y Rusia; y otras muchas que iremos leyendo si prestamos atención a esa letra menuda.

Espaldas mojadas

En las mismas fechas hemos podido leer también otras noticias que nos hablan de otro muro, pero esta vez de uno que se levanta en lugar

de caerse. Empezaron ya hace tiempo, cuando los periódicos relataron que algunas autoridades en los Estados Unidos habían preparado un proyecto muy bien elaborado para construir un auténtico muro, un muro físico y dotado de la más sofisticada tecnología, para detener la inmigración clandestina de los «espaldas mojadas». Supongo que la comparación con el muro de Berlín era tan obvia que nada se volvió a saber del genial proyecto. Luego hemos podido ir recogiendo datos sobre el muro invisible pero duro que se ha ido levantando en Europa con el mismo propósito: en la casa común europea no caben todos los que quieren estar, incluso sobran muchos inmigrantes. La última reunión de ministros de la CEE celebrada en Irlanda el pasado mes de junio ha tomado algunas medidas que suponen, como decía un periódico, elevar una pulgada más el muro que se está levantando para proteger a los doce.

No cabe la menor duda de que algunos medios de comunicación y especialmente muchas organizaciones no gubernamentales han denunciado estas medidas y han propuesto un giro radical en la política de inmigración y asilo. Incluso instituciones bienpensantes y muy recatadas como el Defensor del Pueblo han denunciado a la propia administración por sus prácticas xenófobas y racistas. Pero todo ello no impide que por el momento sigamos asistiendo a esa imagen chocante de un muro que cae y otro que se levanta.

Acoger inmigrantes

Es un lugar común decir que el

mundo está asistiendo a profundas convulsiones y que atravesamos una crisis planetaria. Todos parecen estar tomando posiciones para colocarse en posiciones de ventaja ante algo que no se sabe bien qué puede ser y que más bien nos asusta un poco. Sigo siendo optimista; creo que la caída del primer muro va a poner de manifiesto una cosa muy clara: si es seguro que el socialismo real estaba en bancarrota, más seguro es todavía que el sistema capitalista está en sus últimos estertores y ha sumido a la humanidad en una miseria como posiblemente nunca antes se había alcanzado. Desaparecerán las excusas del enemigo comunista y se manifestarán con crudeza nuestras propias limitaciones. Quizá eso nos anime a todos a recuperar cierta ilusión por cambiar un mundo renqueante.

Pero es necesario recordar el segundo muro, porque ese se está levantando con la complicidad y el silencio de demasitados. Los gobiernos pueden ser racistas y xenófobos, pero en gran parte eso se debe a que temen perder votos en las elecciones siguientes si se muestra excesivamente complacientes con los inmigrantes clandestinos. Es posible que la mayoría silenciosa la que se queja con la boca pequeña de las medidas discriminatorias, pero en el fondo de su corazón se alegra de que otros hagan el trabajo sucio con el que ella no quiere mancharse. Es un caso típico de lo que los moralistas clásicos llamaban y llaman pecados de omisión.

Empecemos, por tanto, por no guardar silencio y denunciemos con ocasión y sin ella todas esas veleidades xenófobas y racistas. Creemos estructuras de acogida y asociación para los extranjeros. Sigamos des-

pués exigiendo la plena aplicación de los Derechos Humanos a todos los trabajadores inmigrantes. A continuación pediremos el derecho a votar en elecciones municipales para los que lleven ya un cierto tiempo en su ciudad. Pidamos a continuación una ampliación del número de inmigrantes que estamos dispuestos a acoger, sin callar el pequeño o gran precio que deberemos pagar por ello. Pero sobre todo denunciemos una vez más la raíz del mal: esos inmigrantes acuden porque en sus países no poseen las mínimas condiciones de existencia, y eso sigue siendo una consecuencia de un inicuo desorden establecido.

Además hay que hacerlo rápido y sin cansancio. La historia la hacemos los seres humanos y no podemos dejar que una vez más la hagan los otros. Corremos el riesgo serio de que la salida a esta crisis mundial sea muy poco solidaria. Existe la po-

sibilidad real de que, al menos durante un cierto tiempo, se cree un búnquer en el que los ricos y satisfechos se aíslan para no escuchar el grito de los poderosos. Como a Buda, nos encerrarán —y nos dejaremos encerrar con ligeros murmullos de protesta— en un palacio de oro para que no suframos ante la visión de la miseria ajena. A corto plazo ese muro también tendrá que caer, pero sólo si lo tiramos. Y cuanto menos sangre se pague por ello, mejor para todos y de forma especial para algunos. Porque más acá de cualquier reflexión o análisis de coyuntura, sigue siendo prioritario el drama humano de esos inmigrantes marroquíes que mueren ahogados en el estrecho de Gibraltar cuando intentan saltar el muro por la noche en una frágil barca neumática, pues la otra frontera no se les abre por más que llamen a su puerta.

Félix García Moriyón